



Universidad
Nacional
de Rosario



facultad de
PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

Anorexia infantil y Psicoanálisis

ENSAYO

Autor:

Laura Raquel Bergamasco

Legajo: B5242/6

DNI: 29.221.875

lbergasmasco32@gmail.com

Docente: Sebastián Roma

Tutor: Luciano Serrani

Año: 2024

Índice

Resumen 2 Introducción 3 Desarrollo 5

Deseo de la Madre 5 Función Paterna y Complejo de Edipo 5

Angustia, Síntoma y Goce 6 El Objeto Oral 9

Reflexiones finales 11 Referencias 12

Resumen

Para que alguien pueda advenir como sujeto, es necesario que haya —previamente— una falta en el campo del Otro. Antes que el sujeto se constituya como tal, tiene que haber una falta en el campo del Otro materno, para que ese hijo venga al lugar del objeto. Pero también — y siguiendo la férrea ley de alienación-separación— en algún momento será necesario que sea quitado de este lugar, ya que para poder constituirse como sujeto, el hijo deberá caer como objeto de deseo. Lacan equipara el deseo de la madre con las fauces abiertas de un cocodrilo, que pueden cerrarse sobre el niño si no interviene el padre estableciendo un punto de detención. Se destaca la importancia de la relación con el objeto oral, que es la que permite leer desde el psicoanálisis a la anorexia como síntoma, como denuncia de la relación que el lactante establece con ese objeto parcial (que va al lugar del objeto a), en tanto rechazo del Otro. Este ensayo se propone argumentar sobre la premisa de que un lactante puede desarrollar anorexia (neurótica) en el intento de poner un parapeto a su madre, cuando ésta dificulta su salida del lugar de objeto. Debería ser la intervención del nombre del padre lo que vaya a posibilitar la salida del hijo del lugar de falo de la madre. Cuando esta función falla, el síntoma acude como una respuesta, como un intento de contrapesar ese sin límite de la madre.

Introducción

Este ensayo corresponde al Trabajo Integrador Final de la carrera de grado de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Posicionada epistemológicamente en el Psicoanálisis, mi punto de partida será la premisa de que un lactante puede desarrollar anorexia en el intento de poner un parapeto a su madre cuando ésta —debido al vínculo desregulado que establece con él— dificulta su salida del lugar de objeto. Para desarrollarlo me apoyaré en algunos autores como: Jacques Lacan, Cristina Savid y Sigmund Freud a quienes acudiré buscando sustento teórico acerca de tópicos como la infancia, la anorexia, el estrago materno, y la función paterna.

Considero pertinente esta temática sobre anorexia y niñez por su escaso o nulo abordaje en la facultad. Me propongo pensarla desde la neurosis, ya que tiene que ver con el desarrollo de una estrategia de separación por parte del sujeto lactante, ante un sin límite de la madre y la intervención fallida del padre o la ineficacia de la misma.

A lo largo de este desarrollo recorreré diferentes aspectos de la problemática, tales como el Deseo de la madre, la Función paterna y el complejo de Edipo; Angustia, síntoma y goce, y El objeto oral. En cada uno de los apartados intentaré establecer las conexiones que encuentro y que sostienen la premisa de la que parto.

Para que alguien tenga posibilidad de advenir como sujeto, es necesario que haya —previamente— una falta en el campo de un otro. El nacimiento, la sola irrupción de la vida biológica no es suficiente. Antes que el sujeto se constituya como tal, tiene que haber una falta en el campo del Otro materno, para que ese hijo venga ahí, al lugar del objeto. Esto sintetiza la matriz del postulado hegeliano que retoma Lacan: el primer encuentro con el deseo, para ese hijo, es con el deseo del Otro materno. Sólo así se pondrá en marcha el hálito vital de su propio deseo, que lo acompañará durante toda la vida. Pero también — y siguiendo la férrea ley de alienación-separación— en algún momento será necesario que sea quitado de este lugar, ya que para poder constituirse como sujeto, el hijo deberá caer como objeto de deseo.

El proceso de subjetivación implica constituirse en el lugar del Otro abrevando en los modos primarios del significante, dice Lacan en el Seminario 10. Lo va a hacer bajo los modos primarios del significante —dice— y a partir de lo que está dado en ese tesoro del significante “tan esencial para todo advenimiento de la vida humana como todo lo que podemos concebir del *Umwelt* natural” (Lacan, 2007, p. 175).

Todos los sujetos tienen que *ser* el deseo de la madre, ya que para constituirse como tales necesitan ocupar ese lugar significativo, ser alojados allí, en primera instancia. Entramos a la vida soplados, empujados, causados por el deseo del Otro. Necesariamente ello produce una ficción, que puede pensarse como el hallazgo de algo que estaba perdido y deja de estarlo. A partir de esa ilusión de completud, se monta una escena incestuosa apoyada en esa unión que parece indivisible, en ese todo completo que está implicado en la conjunción madre-hijo. Sin embargo, en cuanto esta asociación comienza a interferir el flujo normal de la ley de alienación - separación —es decir se acentúa la alienación en detrimento de la separación— puede darse lugar a la aparición del costado mortífero, nocivo, de la misma, al que Lacan (Seminario 5, 1999) llamó *estrago materno*. Un aspecto inherente a la libidinización que introduce el deseo de la madre en la génesis del sujeto y que opera fuera del encuadre limitador que provee la función del nombre del padre.

La maternidad promueve la ilusión de encontrar una completud y en ella la plenitud; se trata de un empuje hacia alguna forma de unidad platónica. Esta unión total e incondicional resulta imposible. Cristina Savid (2013) afirma: “un hijo es un señuelo para engañarse, es un medio para lograr transitoriamente una autosuficiencia, un sí mismo”.

3 de 13

En el Seminario 10, Lacan (2007) puntualizó que esta unión, que es incondicional y estructuralmente imposible, constituiría —además— la muerte del deseo. Freud habla acerca de la relación madre-hija como una ligazón preedípica. Indica que se trata de un vínculo tormentoso e intenso de la niña con la madre. En la conferencia La femineidad, dice: “no se puede comprender a la mujer sino se pondera la fase de la ligazón madre preedípica” (Freud, 2007). Destaca la mayor duración de esta fase en la niña y la posibilidad de que personas del sexo femenino permanezcan atascadas a la ligazón originaria con la madre. Se trata de una fase sumamente importante, que además de su mayor duración en las mujeres, se le atribuye capacidad para dejar como secuelas tanto fijaciones como predisposiciones. Puede haber efectos estragantes tanto para el varón como para la niña, localizados en este primer tiempo. Lo que Lacan llamó *fijaciones*, en el varón quedan del lado de la perversión y en la niña del lado del estrago.

Desarrollo

Deseo de la Madre

Lacan equipara el deseo de la madre con las fauces abiertas de un cocodrilo, que pueden cerrarse sobre el niño si no interviene el padre estableciendo un punto de detención. Habla de una especie de palo de piedra que impide que la boca se cierre, que está ahí, en potencia y la contiene, la traba. Es el falo, en este caso, es “el palo que te protege si, de repente, eso se cierra.” (Lacan, 1992, p. 118).

La metáfora de estar en la boca de un cocodrilo, subraya que se trata de vivir en el peligro de ser devorado. Habla de estrago (*ravage*), término que alude a la

devastación, a la ruina, al asolamiento.

“El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre.” (Lacan, 1992, p. 118).

El deseo de la madre se cierra sobre el niño y puede resultar asfixiante. Cuando falla la función paterna, el niño queda a solas frente al deseo materno y no tiene manera de defenderse de semejante exceso que no sea por el camino de producir un síntoma.

En el *Seminario V, Las formaciones del inconsciente*, Lacan (1999) se refiere a la relación primordial con la madre, “la presencia del Otro en cuanto tal es fundamental” (p.428), dice; tanto que la relación con este Otro fundamenta la dependencia respecto a su deseo, y es lo que orienta el destino del sujeto. Esta relación primera con la madre posibilita que el lactante experimente las primeras realidades en contacto con el mundo. El mismo —en este tiempo— depende de la madre, de la simbolización que ella produzca, más que de ninguna otra cosa. Es condición indispensable que el hijo ocupe este lugar de deseo, privilegiado, el lugar de falo. Sin embargo, en algún momento deberá caer de este lugar. Si eso no ocurre, el sujeto lactante se deslizará hacia la producción del síntoma.

Función Paterna y Complejo de Edipo

Más allá de la importancia de estar alojado en el deseo de la madre y de la necesidad de esto —ya que el sujeto se constituye en el campo del otro—; quiero dedicar un apartado a poner de relieve la función del padre, que se encuentra en el corazón del complejo de Edipo.

Este complejo, un constructo metafórico diseñado por Freud para vincular la constitución subjetiva con la interacción que se produce al interior de la tríada madre, padre e hijo; tiene reservada una función esencial para el padre, como portador de la ley. En el *Seminario V*, Lacan (1999) establece tres tiempos para pensar el Edipo y destaca la importancia del tercero, donde subraya el lugar fundamental de la función. En otro momento de su enseñanza, va a ajustar esta puntualización refiriéndose, más que al padre, a la función del nombre del padre como metáfora.

Esta operación, de importancia determinante, se produce cuando un significante concurre a ocupar el lugar de otro. La intervención del padre en el tercer tiempo del Edipo

5 de 13

es la de aportar un significante que sustituye al primer significante, el materno. (Lacan 1999). El padre ocupa parcialmente el lugar de la madre. Allí entra en juego el falo como significante otro. Este, que en realidad no significa nada, tiene —sin embargo— un estatuto primordial. Se trata de un significante excepcional, vaciado de sentido, pero que produce una grieta en ese saber total del gran Otro para el lactante, que es la madre.

El pequeño sujeto comienza a comprender que la madre va y viene. Esto implica que no sólo lo quiere a él, sino que tiene otros intereses. El significado de las idas y venidas de la madre representa el falo, cuando hasta ahora él era el falo. La caída, la caducidad de ser el falo para la madre, es lo que va a causar el deseo.

Será entonces la intervención del nombre del padre lo que va a posibilitar la salida del hijo del lugar de falo de la madre, para que pueda constituirse como sujeto deseante y deje de completar el deseo materno. Esta es la completud mítica que cae, este todo imaginario que no se encuentra en la realidad, que no existe en ella, sino en el plano simbólico.

Para esto la madre es la que debe sancionar en un significante quién es el padre y habilitarlo. Debe haber sido atravesada por la ley anteriormente y someterse a ese estatuto. El padre es el portador de la ley, como interceptor del objeto de la madre. (Lacan 1999)

El nombre del padre es la función que prohíbe el incesto, viene a interponerse, a poner un corte en esta relación simbiótica madre-hijo. Este pequeño que ingresa a la vida como súbdito de la madre, siendo totalmente dependiente y sometido, es corrido de esa posición mediante esta intervención paterna.

Aunque Lacan (1999) dice que ningún padre real está a la altura de la función, para que esta ecuación funcione, el padre tiene que estar también sometido a la ley que representa .

En el primer tiempo del Edipo la ley del padre está inscripta en la estructura, no se trata de una psicosis, pero aún no funciona encarnada como prohibición. No se efectúa aún el segundo tiempo del Edipo donde sí implica la prohibición paterna, donde interviene efectivamente, donde el niño debe resignar la posición del falo de la madre y aceptar la castración simbólica que efectúa el padre al separarlo de la madre. Así se instala en un orden simbólico que le permitirá, en el tercer tiempo, identificarse a la posición paterna para poder tener el falo. Lacan dice que en la niña esto es más fácil por estar castrada, o privada de falo.

Por estructura, siempre hay falla en la función del padre simbólico, por ende, se produce el síntoma como una respuesta para suplir la función ineficaz del padre. Si el significante nombre del padre estuviera forcluido, estaríamos en el campo de la psicosis.

La función paterna es la que va a permitir al sujeto construir lazos sociales por fuera de la familia, es decir que también habilita la exogamia.

Angustia, Síntoma y Goce

En el Seminario 10 Lacan (2007) dice que en la inhibición el deseo toma la función de una defensa, porque esa inhibición es lo que permite articular el deseo en el lugar del Otro. “¿En qué la incidencia del deseo en la inhibición merece ser llamada defensa?”, se pregunta y puntualiza que únicamente cuando puede introducirse en una acción ya capturada por la inducción de otro deseo. (Seminario 10, p. 343).

Es poder posibilitar el cese de esta demanda pulsional de la madre. Hacerse un lugar en la madre, dejar de suturar la falta, no seguir completandola imaginariamente. Para esto aparece el síntoma como muestra explícita de que no existe lo completo. Que debe haber algo que no encaje y que esto es subjetivante y necesario.

Aparece la angustia en relación a la dimensión del Otro, por el encuentro con lo real que es el signo del deseo del Otro.

Lacan (2007) utiliza la metáfora de la mantis religiosa, un insecto voraz, cuya hembra

tiene la particularidad de devorar la cabeza del macho luego del apareamiento. Imagina que el sujeto está ante una mantis gigante y no sabe qué objeto es para ese Otro.

“Imaginemos una enorme mantis religiosa que se aproxima a nosotros mientras llevamos puesta una máscara de un animal, como en el baile del Azeri Dantza en Hernani, donde un hombre baila con la máscara de zorro.

En el caso que presenta Lacan, el hombre no sabe qué máscara lleva pero sabe, desde luego, que si llevase puesta la máscara del macho de la mantis tendría muchas razones para sentir angustia.

Ve aquí el límite en el que empieza a surgir la angustia, que siempre está relacionada con una *x* desconocida, pero justamente no es esta *x* la que produce la angustia sino el objeto que nosotros podríamos ser, sin saberlo.” (Palomera, 2012)

Hay una relación esencial con el deseo del Otro. Esta relación está tramada a partir del enigma, de la imposibilidad de dar una respuesta al *¿che vuoi?*, ¿que me quiere? ¿que pide él de mí? La incertidumbre de no saber qué se es para el Otro es más tranquilizadora que la certeza de saberlo. La angustia mantiene una relación directa con el deseo. Y aquí Lacan nos enseña que la angustia no es sin objeto. Lo que tenemos entonces, es que hay un objeto que marca una relación subjetivada. Es decir, el sujeto, para advenir como tal, primero paga el precio de ser objeto (de la madre).

En 1969 Lacan entregó dos notas manuscritas a Jenny Aubry, psiquiatra y psicoanalista francesa, quien en 1983 las incluyó en un libro de su autoría. Allí Lacan se refiere al síntoma y al sentido del mismo. Menciona dos sentidos posibles.

Desde una perspectiva podría responder a la estructura de la familia, en donde vendría a significar la verdad. El niño representa, mediante el síntoma, la problemática familiar, que también está relacionada con la subjetividad de la madre. En este caso, el niño queda capturado en el fantasma. Cuando la distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre, no tiene mediación (cuestión que depende de cómo esté operando la función del nombre del padre), el niño se encuentra expuesto a las capturas fantasmáticas. Queda en la posición de objeto de la madre y su función se reduce a revelar la verdad de este objeto, toma el lugar del *objeto a*, del falo, suturando así el deseo de la madre.

La madre —entonces—, no tiene acceso a su verdad y el síntoma le ofrece el máximo de garantías de ello. Según el caso, puede servir de fetiche o encarnar un rechazo primordial, por ejemplo.

Para ampliar la idea de esta *ilusión de lo completo* me apoyaré en el tercer esquema de la división del sujeto, donde Lacan (2007) habla de tres pisos. El superior podemos llamarlo piso del síntoma, un piso mítico, de goce, donde pareciera que ni el sujeto ni el otro están barrados. Como mencioné antes, esto es imposible, porque se trata de un sujeto que va a advenir en lugar del otro, en función de la ley significativa, pero aún está en vías de constituirse. Por lo tanto no es sujeto, no está dividido. Parece que no hubiera falta ni para el sujeto ni para el Otro, y en su lugar se

instalara una unidad hedónica. Este Otro no está barrado, lo cual significa que tendría las respuestas a todas las preguntas, estaría completo, sin faltas. Pareciera que en este piso el sujeto tiene acceso directo al otro. Este piso es nombrado como *el piso del goce*.

Luego aparece el segundo, *el piso de la angustia*. Este es el piso de la experiencia, porque hay otro que está barrado, que nos constituye a partir de ese punto de falta. Esa barra, eso de no saber qué soy para él, qué quiere de mí, genera angustia. Esto se presenta como un punto irreductible del significante, un límite. Ese punto puede pensarse como la causa del sujeto, y es a la vez lo que lo determina. Lacan pone al objeto a, al -phi (menos phi) o falo como el objeto que está en medio del sujeto y el otro. En un lugar *amboceptor*. No es intermediario porque esto abriría la posibilidad de la fusión con el otro. Está ahí en el medio, separa al sujeto y al otro. La posición del sujeto y la de objeto son intercambiables porque en un principio fuimos seres objetales.

Finalmente, el tercero es *el piso del deseo*. El sujeto aparece como un resto de esta operación. La subjetividad se va a focalizar en la caída. Lo que divide al sujeto no es sólo el significante sino también lo real, entendido ésto como lo que resta del significante. Lo mismo ocurre con lo simbólico. No se trata de lo simbólico en sí, sino de lo que resta de esto.

El deseo tiene que apuntar al goce, ser promesa de un goce que a la vez esté perdido y por ello posibilite el deseo. En el piso del goce podemos hablar de síntoma. Lacan (2007) definía al síntoma como un goce revestido.

En el apartado de las cinco formas del *objeto a*, allí Lacan busca el lugar donde se forma el *objeto a* en tanto causa del deseo, teniendo en cuenta que la causa siempre está perdida. Siempre es ese resto irreductible, siempre es algo que se escapa, que es inalcanzable por eso la causa es sorda y ciega y tiene que ver con una objetividad, remite al objeto y desde ese objeto no podemos estar afectados, no podemos ser objetivos o racionales respecto a la causa, estamos implicados desde el origen.

En la medida en que el sujeto se constituye en el campo del Otro, por el significante, el deseo se liga al cuerpo. El cachorro humano es un pedazo de carne, que se hace cuerpo gracias a la intervención del Otro que libidiniza mediante el lenguaje. A la vez, por esta intervención, también hay un resto en ese cuerpo, un pedazo de carne que queda por fuera y es justamente lo que posibilita que el cuerpo se constituya como tal.

Aquello que del cuerpo se desprende, implica la ligadura del deseo al cuerpo. Este pedazo de carne bañado, libidinizado por el lenguaje y la cultura es lo que abre la posibilidad de que haya subjetividad.

Lacan lee allí que hay una operación de corte sobre un pedazo de cuerpo, de este se desprende un resto, algo caduco que no sirve, pero que resulta fundamental, porque esta operación de corte no es sobre el sujeto del Otro sino sobre una parte de sí mismo. El corte produce una separación, un aparte de sí. Este pedazo de carne es irreductible al significante por eso es resto pero no es sin el significante.

El hecho de ligar el deseo al cuerpo implica que siempre habrá algo perdido. En el cuerpo siempre hay algo perdido para el significante y precisamente eso perdido es causa del deseo

Para que ese pedazo de carne se constituya en un sujeto tiene que ser alojado en una escena fantasmática y el cuerpo tiene que ser leído. No hay cuerpo si no es leído por el sujeto, el deseo se mete en el cuerpo. La constitución del sujeto en el campo del otro por la vía del significante necesita de la estructuración del deseo en el fantasma. Tiene que ser alojado en esa escena. Que el niño pueda dejar de comer sin ninguna causa orgánica nos habla de un deseo.

La mayoría de los síntomas están en el cuerpo porque hay algo del deseo que interviene en el cuerpo. No somos sólo organismo, por eso el lactante cuando come, quiere más que sólo el alimento. En correspondencia con ello, la madre no sólo quiere darle la comida.

El Objeto Oral

Lacan presenta el objeto perdido en los diferentes niveles de la experiencia corporal. Recorre diferentes partes del cuerpo donde lo sitúa de modo imaginario, haciendo una traducción del objeto, ya que este no tiene imagen, dice: no es especularizable.

Entendemos por objeto a la parte del cuerpo que queda como resto después de un corte. Lacan ubica cinco objetos parciales, agregando a los nombrados por Freud, que discernía los objetos oral, anal y fálico, dos instancias más: la mirada y la voz. Todo este planteo que realiza tiene el objetivo de ir más allá de la castración imaginaria que planteaba Freud, los organiza en un grafo que puede leerse en dirección progrediente o regresiva. Me enfocaré en *el objeto oral y la voz* aunque todos los niveles se relacionan.

Cuando en el tercer esquema de la división subjetiva nombra tres pisos: goce, angustia y deseo, el goce que se apunta en el deseo es siempre el goce del Otro; pero este goce tiene que estar perdido, porque si se realizara, no habría deseo, por esto ubica esta disyunción o este *entre* que está en el medio, que es la angustia.

Cada uno de estos niveles pone en juego un estatuto del Otro. Todos están atravesados por orificios, ya que es necesario que haya un vacío, un agujero en un punto funcional al deseo, porque a través de ellos se da el intercambio con el Otro. En el nivel oral encontramos la necesidad en el otro y el orificio de la boca.

Lacan (2007) habla de *separtición*, no se trata de una fusión con el otro. “La separtición fundamental —no separación, sino partición en el interior—, he aquí lo que está inscrito desde el origen, y desde el nivel de la pulsión oral, en aquello que será la estructuración del deseo.” (Seminario 10, p. 256).

El sujeto tiene que enfrentarse a esa falta que no puede reducirse, el otro también está barrado, también tiene una falta incolmable.

Dice Lacan (2007) que el nivel oral permite velar un obstáculo que aparece en el nivel fálico: pareciera que algo que en el nivel fálico es obstáculo, en el oral funcionara.

“Tal como funciona en la actualidad, no es sino un modo metafórico de abordar lo que ocurre en el plano del objeto fálico, eludiendo el obstáculo creado por el hecho de que Freud no resolvió nunca en último término el funcionamiento del complejo de castración. La reducción oral lo vela, y permite hablar de él sin tropezar con el obstáculo.” (Seminario 10, p. 251).

En el nivel fálico se pretende que el falo funcione como objeto amboceptor, como agujijón que permite fusionarse con el otro, hacer uno; pero subrayo una vez más que esto es imposible. Lacan dice que en el nivel oral se aspira a lo mismo, en el acto de amamantar al niño pareciera que madre y lactante están fusionados, pero esta unidad es sólo imaginaria.

Podemos entender el nivel oral porque lo hacemos en clave fálica. El orificio, la boca, tiene labios, tiene borde, corte y corta entre lo que entra y lo que sale, conectando con el nivel de la voz. El corte en este nivel lo leemos en el destete y no es del Otro. Hay separtición y no separación. Este neologismo que Lacan construye en el Seminario de *La*

angustia, apelando a unir dos significantes: separación y partición; se da en una operación simultánea que implica una división pero también corte y ruptura. Es un modelo de corte necesario para la constitución subjetiva. Hay un corte de una parte de sí; entre el niño y una parte de sí y la madre y una parte de sí. La relación de la madre con

9 de 13

el seno, que es el objeto oral, no es la misma que la del niño con el seno. El seno funciona como objeto amboceptor, que está *entre* el niño y la madre. Está en el medio de dos campos heterogéneos, al igual que la angustia. Ese seno, por una parte está adosado al cuerpo de la madre y por otro separado y formando parte del mundo interno del niño, que lo tiene incorporado como parte de sí. Lo que sucede en el destete es similar a lo que sucede en el nacimiento: La madre se separa de su placenta y el niño de sus envolturas embrionarias. Desde el origen no hay fusión, cada uno se separa de una parte de sí. Y en esta coordenada quiero conectar la hipótesis de la premisa con la que inicié este ensayo: un lactante puede desarrollar anorexia en el intento de poner un parapeto a su madre cuando ésta —debido al vínculo desregulado que establece con él— dificulta su salida del lugar de objeto.

Al niño le interesa el seno, no la madre. El punto de angustia aquí se encuentra en la madre, no en el niño ya que se da un encuentro de ésta con la alteridad: la madre quiere decodificar, pretende saberlo todo y eso resulta imposible.

El niño se desteta solo, dando lugar al síntoma de la anorexia infantil ya que el cuerpo no es un cuerpo si no está atravesado por el significante. Desde lo biológico, el niño sólo necesita comer, pero su constitución en el campo del otro y el baño de lenguaje, lo meten en el deseo y esto cambia todo.

La madre dice: el niño *no me come*, cuando éste rechaza el alimento. El pequeño cierra la boca ante esta madre que lo abarca todo y se manifiesta invasivamente. El acto de cerrar la boca intenta ponerle un límite, quizás un intento por tratar de salir de la posición fantasmática para el otro y situarse en el punto de no saber quién es. Es un primer intento (cuando llegue el tiempo de la analidad, realizará otros), en dirección a su separación. Por ahora parece una estrategia, de este sujeto lactante, para separarse de esa madre ante un sin límite de su accionar, que no está pudiendo ser regulado —entre otras cosas— por la intervención ineficaz (o inexistente) de la función del nombre del padre.

Reflexiones Finales

Ante el avasallamiento materno, que pretende un saber todo sobre su hijo, el sujeto lactante intenta poner un límite, juega con el rechazo como un modo de poder decir: no. Al interrogar este acto de no comer, de cerrar la boca, leemos que el lactante busca hacerse allí algún lugar, poner algo de distancia, establecer una separación. En este acto de rechazar el alimento, esta inhibición de la función alimenticia esconde un deseo que va más allá de las determinaciones del Otro. Es poder modificar la relación con el gran Otro. La función de alimentarse queda inhibida, aunque el cuerpo tenga hambre. Es la introducción en función de un deseo. (Lacan, 2007)

La anorexia infantil —indicada como neurótica, para distinguirla claramente de la patológica, relacionada con el rechazo y remitiendo a la psicosis— actúa como un pedido de ayuda, ya que el padre no consigue establecer el imperio de la ley. El síntoma viene al lugar de la función del padre, supliendo lo que falla. Queda claro entonces que no todo padre puede encarnar la función paterna. Aquí podríamos pensar en una castración que quedó trunca, en un pasaje no resuelto por el Edipo. Desde esa falta, el padre no logra hacer operar ese aspecto de la castración materna, dejando a ese hijo atrapado en las redes del deseo de la madre.

El padre resulta inoperante porque su palabra carece de valor frente a la madre. Para suplir esta falla en la intervención del padre simbólico, el niño desarrolla este parapeto. En este caso, la anorexia (ubicada como síntoma neurótico), también está relacionada al Otro: mediante la no ingesta de alimentos abre una carencia; el rechazo aquí funciona como demanda de deseo.

Para que haya deseo tiene que haber un vacío en el Otro, que lo cause y toda

demanda lleva implícito que no quiere ser satisfecha. Si alguien queda en posición de objeto colmando una demanda, taponado el vacío, no hay deseo. La demanda no quiere ser resuelta, porque si lo hiciera nos pondría frente a la experiencia siniestra de lo ominoso. El otro se vuelve siniestro y aplastante, lo cual significa que si no hay deseo, quedamos atrapados en el goce aplastante del Otro.

Finalmente, subrayar la importancia académica que tiene este tema para mí, ya que al no ser una temática que se aborde curricularmente en la facultad y debido a la falta de práctica en el desarrollo de la carrera, constituye un primer acercamiento teórico a lo que después va a ser nuestro trabajo en la clínica y que nos ayude a pensar cómo y en qué condiciones, un niño de muy corta edad puede desarrollar un parapeto de resguardo para intentar ponerle un freno a esa madre cuya función se presenta desregulada.

Referencias

Savid, C.; (2013) *Clínica Psicoanalítica: infancia terminable e interminable*, Laborde.

Freud, S.; (2007) *La feminidad*. Conferencia 33. Amorrortu. Obras completas. Tomo

XXII. Lacan, J.; (1992) *Seminario XVII, El reverso del psicoanálisis*. Paidós. Lacan, J.;

(1999) *Seminario V, Las formaciones del inconsciente*. Paidós. Lacan, J.; (2007)

Seminario X, La Angustia. Paidós.

Palomera, V. (2012), *Las dos caras de la angustia*. [Disponible en

<https://elp.org.es/las-dos-caras-de-la/>]

Bergamasco Laura B-5242